

Conexiones

EL BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA UB

Vol.9 · Diciembre 2021

El habla canyengue

Por Laura Herrera

La biblioteca en la
pospandemia

Por Patricia Allendez Sullivan

El cine, esa ilusión en
movimiento

Por Sergio Pedotti

Libros pintados

Por Analía Bedrosian

El faro de Gesell

Por Cristina Grilli

CONEXIONES

VOL.9 / DICIEMBRE 2021

STAFF

PATRICIA ALLENDEZ SULLIVAN DIRECTORA
PATRICIA.ALLENDEZ@UB.EDU.AR

CONTRIBUCIONES

CRISTINA GRILLI
CRISTINA.GRILLI@UB.EDU.AR

LAURA HERRERA
LAURA.HERRERA@UB.EDU.AR

FRANCISCO JUAN
FRANCISCO.JUAN@UB.EDU.AR

SERGIO PEDOTTI
SERGIO.PEDOTTI@UB.EDU.AR

ANALÍA BEDROSIAN
ANALIABEDROSIAN@GMAIL.COM.AR

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BELGRANO

BIBLIOTECA@UB.EDU.AR

BIBLIOTECA.UB.EDU.AR

El texto de este boletín fue producido bajo licencia Creative Commons (CC BY NC ND). Puede ser reproducido parcial o totalmente, citando la fuente, sin fines comerciales y sin modificaciones.



3
EL FARO DE GESELL

4
EL HABLA CANYENGUE

5
ESA ILUSIÓN EN MOVIMIENTO

6
LIBROS PINTADOS

8
LA BIBLIOTECA EN LA POSPANDEMIA

EL FARO DE GESELL

POR CRISTINA GRILLI

Los faros son señales de luces, dan aviso a los navegantes sobre posibles peligros y son la conexión entre el mar y la costa. Son llamados los guardianes del mar. A lo largo de la costa argentina hay sesenta y cuatro faros. El faro Querandí es uno de ellos.

Se inauguró el 27 de octubre de 1922 y debe su nombre a los indios querandíes, que habitaban en esas tierras. Se encuentra en la reserva natural que lleva su nombre: más de cinco mil hectáreas de dunas vírgenes, de las últimas en el mundo en su estado natural. Personal de la Armada Argentina se encarga de cuidar el faro y la reserva; se los llama torreros.

El faro consiste en una torre troncocónica de mampostería y una garita superior, con seis franjas horizontales negras y cinco blancas. Su altura es de 54 metros y se eleva a 64 metros sobre el nivel del mar. Se accede a la garita de la torre por una escalera caracol de 276 escalones y su alcance lumínico es de 33 kilómetros.

"Se encuentra en la reserva natural que lleva su nombre: más de cinco mil hectáreas de dunas vírgenes, de las últimas en el mundo en su estado natural."



Para protegerlo de los vientos y la arena se plantaron árboles como pinos, cipreses, álamos, aromos, acacias, tamariscos y frutales varios, alrededor de las cuatro hectáreas que rodean al faro.

En la costa se pueden ver numerosas aves alimentándose, como gaviotas, gaviotines, playeros, chorlitos y ostreros, que utilizan nuestras playas para poner sus huevos camuflados en la arena. También hay lagartijas que se esconden en la arena de los médanos.

El cordón de dunas pone freno al mar y evita que se "coma" la playa. Toda la zona se convirtió en patrimonio de la ciudad de Villa Gesell a mediados de los años 80 y, el 18 de noviembre de 1996, se la declaró Reserva Natural Querandí.



Para visitar el faro y la reserva hay que pasar por Mar de las Pampas y Mar Azul y, a partir de la calle 47 de esa localidad, seguir por la playa, siempre lejos de la orilla para cuidar las aves y sus nidos.



EL HABLA CANYENGUE

POR LAURA HERRERA

El lunfardo es producto de las lenguas de las corrientes inmigratorias de finales del siglo XIX y principios del XX y nace en los conventillos por la necesidad de comunicarse. Tiempo después, este tipo de habla popular se conocería como “lunfardo”.

En 1953 aparece el libro “Lunfardía”, del escritor argentino José Gobello, que rescata ciertas palabras y convierte el lunfardo en hecho lingüístico.

A partir de ese año todos los 5 de septiembre se celebra el día del lunfardo.

La palabra “lunfardo” tiene su origen en el gentilicio “lombardo”, término que llegó a ser sinónimo de ladrón usurero y prestamista, actividades por entonces impopulares.

Sin embargo, más tarde se descubrió que el lunfardo era compartido por grandes sectores de la población y que, lejos de ser un código marginal, había sido incorporado a la vida cotidiana y difundido a través de expresiones artísticas como el tango o el sainete.

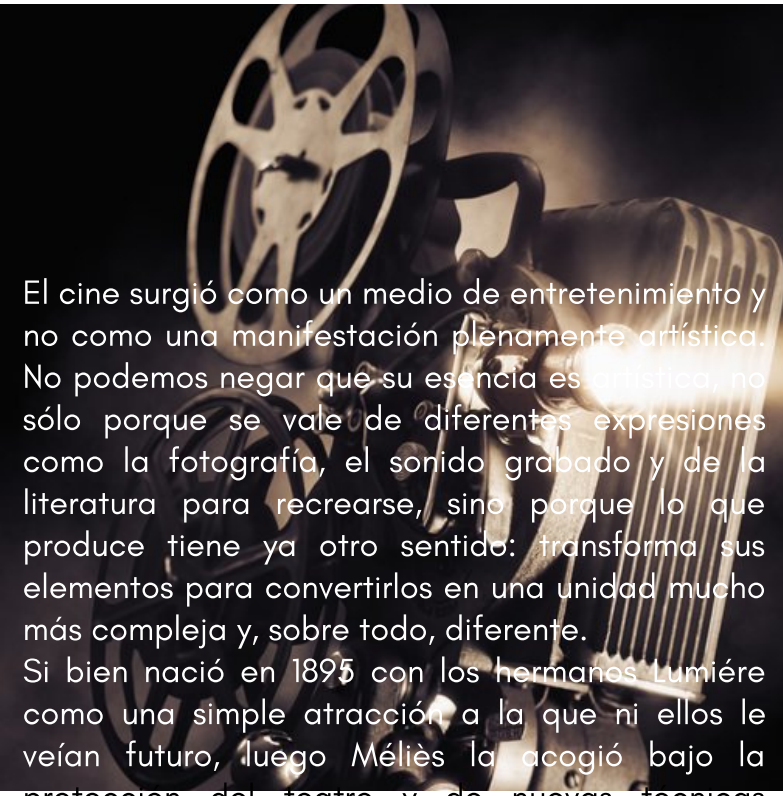
“La palabra “lunfardo” tiene su origen en el gentilicio “lombardo”, término que llegó a ser sinónimo de ladrón usurero y prestamista, actividades por entonces impopulares”.

Existen aproximadamente seis mil términos, pero se trata de un número dinámico: algunos surgen y otros caen en desuso. La Academia Porteña del Lunfardo estima que aparecen unas setenta palabras por año.

Casi todos nos apoyamos en el lunfardo para comunicarnos: “pibe”, “laburo”, “mina”, “banquina”, “guita”, “trucho”, “chabón” y “gil” son algunas de las palabras que se utilizan a diario. Y, si bien el lunfardo es un fenómeno rioplatense, que hace a la identidad de Buenos Aires, lo cierto es que se ha extendido por regiones de la Argentina e incluso ha trascendido las fronteras.

EL CINE, ESA ILUSIÓN EN MOVIMIENTO

POR SERGIO PEDOTTI



El cine surgió como un medio de entretenimiento y no como una manifestación plenamente artística. No podemos negar que su esencia es artística, no sólo porque se vale de diferentes expresiones como la fotografía, el sonido grabado y de la literatura para recrearse, sino porque lo que produce tiene ya otro sentido: transforma sus elementos para convertirlos en una unidad mucho más compleja y, sobre todo, diferente.

Si bien nació en 1895 con los hermanos Lumière como una simple atracción, a la que ni ellos le veían futuro, luego Méliès la acogió bajo la protección del teatro y de nuevas técnicas visuales; su consolidación y apogeo se da en el siglo XX.

Como medio de comunicación está íntimamente ligado al receptor: es un continuo diálogo que depende de todos los factores que intervienen en la comunicación y para que funcione correctamente todos los actores deben tener un papel activo en la creación. El camino más idóneo de lograrlo es involucrar al espectador mediante el conocimiento de su lenguaje e historia; darle herramientas para que pase de ser sujeto pasivo a activo y creativo.

El cine en la Argentina

El cine ingresa en la Argentina de la mano de las corrientes inmigratorias de finales del siglo XIX: en julio de 1896 en el teatro Odeón de Buenos Aires se exhiben las primeras cintas filmadas.

Fue Eugenio Py, fotógrafo francés, quien realizó en 1897 la primera filmación registrada y procesada en el país: "La bandera argentina", una película de 17 minutos.

El período 1937-1942, llamado época de oro, muestra un modelo de negocio ligado a la actividad privada y al desarrollo de grandes estudios y películas de entretenimiento.

En 1957, año en que se sancionó la ley que creó el Instituto Nacional de Cine (hoy INCAA), la actividad cinematográfica recibió apoyo del Estado, lo cual ayudó a reconfigurar el sector.

En 1931 se estrenó "Muñequitas porteñas", el primer film con sonido del cine argentino y Angel Mentasti funda "Argentina Sono Film". Tiempo después, Lumiton se constituye como un estudio integral con equipos norteamericanos y técnicos extranjeros. Así se iniciaba la época de oro del cine argentino.

A más de cien años de su llegada al país, el desarrollo del cine ha estado involucrado y reflejado en el derrotero cultural argentino.

Desde los tiempos de los hermanos Lumière a la actualidad, el cine se ha desarrollado incorporando las nuevas tecnologías que siguen fascinando al público con una sensación más profunda que aquella primitiva "ilusión de movimiento".

Libros pintados

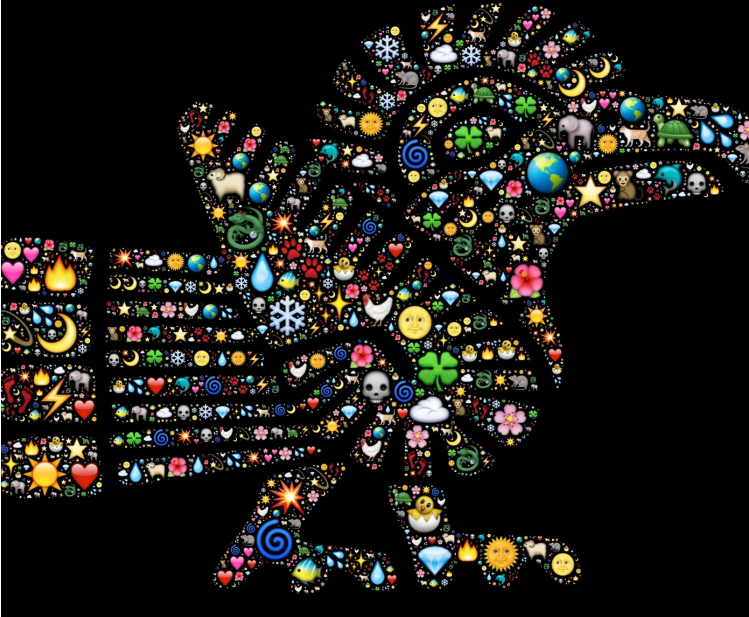
Por Analía Bedrosian

Los documentos constituyen la memoria de un país. Nos enseñan sobre nuestro pasado. Lamentablemente en México hubo una destrucción terrible de documentación durante la Conquista y con ella mucho de lo que nos gustaría saber de la cultura, la vida cotidiana de la sociedad es imposible poder recuperarlo, por eso, a veces especulamos con lo que fue sin tener certeza de si fue así.

Por otra parte, las luchas internas de los indígenas también provocaron la destrucción de variadas fuentes.

Se dice que cuando los mexicas derrotaban a un gobernante, quemaban y destruían el templo del lugar y los palacios principales como símbolo de sometimiento. Es allí dónde los códices se guardaban y en cada derrota de un pueblo también se borraba su memoria.

No sabemos con exactitud cuándo se inició la tradición de escribir pintando. En cambio, si podemos afirmar que los libros o códices son un ejemplo de complejidad tanto en su diseño como contenido.



Los denominados códices mexicanos fueron elaborados a mano por pintores expertos. Se realizaban con piel curtida de animal, el amate o papel indígena y el lienzo o tela, pero en este caso, los ejemplares son posteriores a la conquista.

Si se utiliza piel de animal, preferentemente de venado, se cubría con una imprimación blanca para obtener una superficie lisa.

El amate se elaboraba con corteza de árbol que se ponía en remojo y después se machacaba con un objeto de piedra que tenía ranuras en su superficie. Las fibras aplastadas se unían entre sí y se lograba mayor consistencia con un engrudo. Para mejorar la superficie a pintar se la cubre con cal que se alisa y pule.

Empleaban pinceles de pelo de conejo de diferente grosor de acuerdo con los trazos a realizar. Los colores eran de origen mineral y se disolvían en agua. Los lienzos se hacían con fibra de maguey, algodón u otro material. Los pintores de códices eran diestros y entendidos de la tradición de la pintura. Eran seleccionados de la escuela dónde estudiaban los futuros sacerdotes.



Los conquistadores muy pronto descubrieron este tipo de material, tal como lo comenta Bernal Díaz del Castillo, cronista de la Conquista. La existencia de los códices está documentada en todas las regiones del área cultural de Mesoamérica. Había muchos códices mayas y han quedado documentados por Fray Diego de Landa en su Relación de las cosas de Yucatán.

En la región del altiplano central, entre mexicas, tlatelolcas y tezcocanos existían depósitos de estos códices en las bibliotecas denominadas amoxcalli, o sea, casa de libros. Lamentablemente, el obispo Zumárraga y Landa ordenaron la destrucción de muchos códices, otros desaparecieron al quemarse las grandes bibliotecas de Tenochtitlan y Tlatelolcol, por eso, han llegado hasta nuestros días 16 códices elaborados con anterioridad a la llegada de los españoles.

Hay varios tipos de códices según su forma y tamaño. El más conocido es aquél en el que hay una tira de papel o de piel y se dobla como un biombo.

La mayoría se lee con la tira colocada horizontalmente, pero en otros casos se puede poner de forma vertical como en el códice mixteco conocido como Códice Selden. Para proteger el manuscrito se pliega la primera y última hoja a la cubierta de madera. Su lectura es de derecha a izquierda, comenzando por lo que para nosotros sería el final del libro.

Otro tipo de códice es la tira que no se dobla, sino que los dibujos son continuos; generalmente son angostas y se componen de pedazos piel o papel que están pegados.

Por ejemplo, el libro Tira de la Peregrinación, que narra parte de la historia de la travesía de los mexicas, también son importantes el Códice Baranda, el Tlatelolco, el Fernández Leal, el Moctezuma entre otros.



Durante la Conquista y evangelización los españoles promovieron el desarrollo de diversos códices como el Códice Testierianos o catecismos indígenas, en los cuales, mediante las imágenes los frailes enseñaban a los indios las oraciones fundamentales para convertirlos en cristianos.

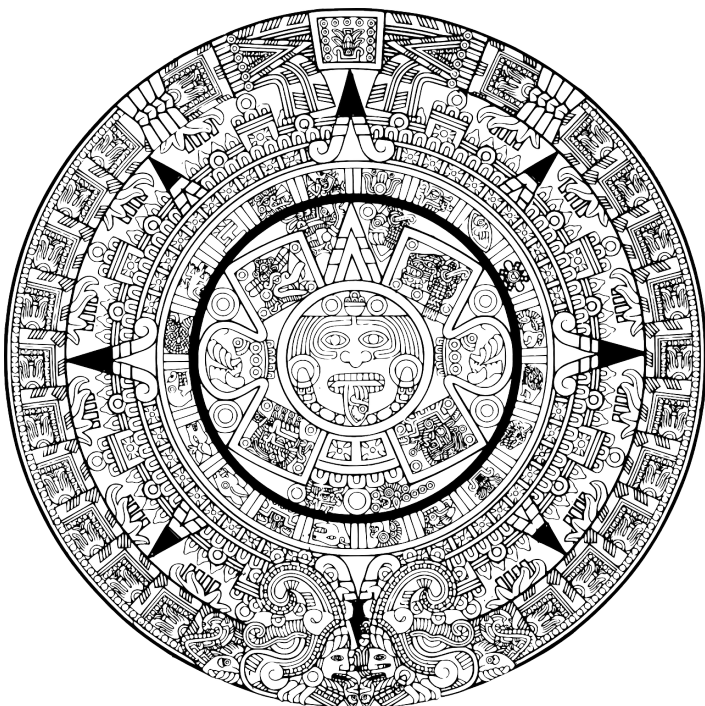
Los códices prehispánicos que aún se conservan hacen referencia a la historia, astrología y libro de cuentas y días, y provienen de diferentes regiones México y poseen una gran riqueza cultural y colorido pictórico.

Fuentes consultadas

Gutiérrez Solana, N. (2005). Códices de México: historia e interpretación de los grandes libros pintados prehispánicos. México: Panorama Editorial.

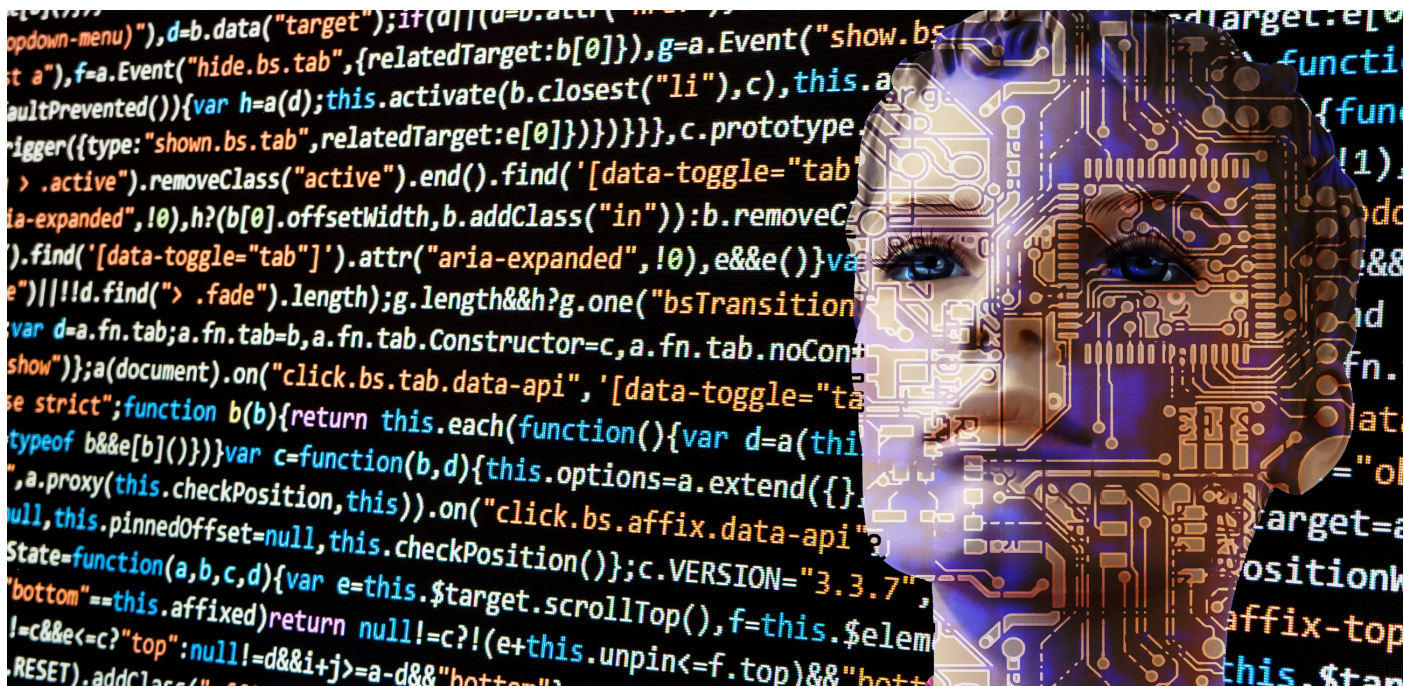
Mohar Betancourt, L. M. (2008). Los libros pintados de México. Método de análisis. En: 9° Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Costa Rica.

Nayar, L. (2009). Códices Precolombinos. Buenos Aires: Consultora de Ciencias de la Información. Disponible en: http://www.ccinfo.com.ar/v2/wp-content/uploads/2016/01/DT_002.pdf



La biblioteca en la pospandemia

Por Patricia Allendez Sullivan



En estos momentos las bibliotecas enfrentan un dilema relacionado con sus modos y prácticas de existencia.

Antes de la pandemia, las bibliotecas se estaban adaptando a la nueva revolución del libro, que llevó a su renovación en el tipo de soporte dominante. El desafío actual consiste en reconvertir nuestra colección física en digital y que sea legible en todo tipo de dispositivos.

La pandemia aceleró estos cambios ya que las bibliotecas universitarias como la de la Universidad de Belgrano tuvieron que adecuarse para brindar un servicio satisfactorio a sus usuarios, de tal manera que todos ellos se han convertido en residentes digitales. Hasta hace muy poco tiempo a los usuarios de biblioteca se les denominaba visitantes digitales, ya que no es lo mismo visitar de vez en cuando la biblioteca digital que el residir todos los días en ella.

La pandemia, entonces, reconfiguró todo el trabajo del bibliotecario, profesional que está acostumbrado a trabajar con diferentes tecnologías y a ayudar a sus usuarios en su uso.

En nuestra biblioteca la atención personalizada que siempre se brindó en el mostrador de referencia y atención al público, hoy se brinda utilizando una sala Meet, en la que interactúa el bibliotecario con todos aquellos estudiantes, docentes e investigadores de la comunidad UB que requiera este tipo de servicio.

Las bases de datos de publicaciones periódicas, fotografías, videos, estudios de casos y capítulos de libros brindaron a toda la comunidad materiales importantes para acompañar sus estudios. De igual manera, la colección de libros digitales les permitió continuar con sus estudios desde casa, guiados por los docentes desde las aulas virtuales y por reuniones en Zoom o Meet.

La pandemia nos obligó a reinventarnos y muchas de las prácticas que hemos incorporado deberíamos mantenerlas, como la adquisición de mayor cantidad de material digital sobre el material impreso, continuar con el servicio de referencia en línea para todos aquellos estudiantes y docentes que el día que necesiten ayuda y no cursen de manera presencial puedan consultar igualmente a un bibliotecario.

La enseñanza que nos debería dejar la pandemia es que ya no podremos seguir manteniendo un modelo híbrido, deberíamos comenzar y terminar la reconversión de los servicios presenciales en digitales en un plazo no mayor a dos años.

